

Crónicas de la
Prehistoria V

El juramento
de Torak

MICHELLE PAVER

En el mundo prehistórico, tan lleno de adversidades y peligros, los parientes deben protegerse mutuamente. Por eso, cuando Bale cae por un precipicio y se descubre que no ha sido un accidente, Torak se siente culpable por no haber estado junto a él cuando ocurrieron los funestos hechos y jura vengar su muerte. Así pues, Renn y Torak emprenden la búsqueda del asesino, que se ha refugiado en el Bosque Profundo, donde prepara una guerra para convertirse en amo y señor del territorio. Se trata de un enemigo enormemente poderoso, pero si alguien puede detenerlo y hacerle pagar por sus crímenes es Torak. ¿Lo conseguirá, o al final el caos cundirá irreparablemente en el Bosque?

1

A veces no hay advertencia alguna. Nada en absoluto.

Tu bote de piel vuela como un cormorán sobre las olas, el remo ahuyenta a los capelanes, que escapan como exhalaciones plateadas entre las algas, y todo parece sencillamente como debe ser: el mar embravecido, el sol en los ojos, el viento frío a tu espalda. De pronto, una roca se alza en el agua, mayor que una ballena, y te lanzas directo hacia ella, vas a estrellarte...

Torak se abalanzó hacia un lado y hundió con fuerza el remo. El bote dio un bandazo, estuvo a punto de volcar... y pasó a sólo un dedo de distancia de la roca.

Empapado y tosiendo agua de mar, el joven se esforzó en recobrar el equilibrio.

—¿Estás bien? —preguntó Bale, y describió un círculo para retroceder.

—No había visto la roca —musitó Torak, sintiéndose estúpido.

Su compañero sonrió de oreja a oreja.

—Hay un par de principiantes en el campamento. ¿Quieres unírte a ellos?

—¡Tú primero! —replicó Torak, al tiempo que lo salpicaba con el remo—. ¡Te echo una carrera hasta el Risco!

El chico Foca soltó un grito y se lanzaron a la carrera, ateridos, empapados y llenos de júbilo. Torak distinguió

dos puntos negros en lo alto. Silbó, y Rip y Rek descendieron en picado para volar a su lado, casi rozando las olas con la punta de las alas. Torak viró con brusquedad para evitar un bloque de hielo y, cuando los cuervos lo imitaron, la luz del sol arrancó destellos irisados de sus relucientes plumas negras. Las aves se adelantaron un poco. Torak procuró seguir las, aunque los músculos le ardían y las mejillas le escocían debido a la sal. Soltó una risotada. Aquello era casi como volar.

Bale, dos veranos mayor y el mejor remero de las islas, iba por delante y desapareció en las sombras del imponente cabo que llamaban el Risco. El Mar se volvió más encrespado cuando salieron de la bahía y una ola chocó de lleno contra el bote de Torak, que estuvo a punto de volcar.

Cuando el joven recuperó el control, quedó en la dirección equivocada. La bahía de los Focas se veía preciosa bajo el sol, tanto que por un instante olvidó la carrera. Una niebla de agua pulverizada cubría el extremo sur de la cascada y las gaviotas revoloteaban en los acantilados. En la playa se alzaban espirales de humo procedentes de los refugios del Clan de la Foca, y las largas hileras de bacalao cubierto de sal relucían como escarcha. Distinguió a Fin-Keddinn, cuyo cabello rojo llameante destacaba entre los rubios Focas, y también a Renn, dando una clase sobre el manejo del arco a un grupo de niños admirados. Torak sonrió. Los Focas eran más hábiles con el arpón que con el arco y las flechas, y Renn no era una maestra paciente.

Bale le gritó retándole a que lo alcanzara, así que Torak dio la vuelta y se concentró en remar.

Una vez rebasado el Risco, advirtieron que estaban famélicos y recalaron en una pequeña bahía, donde encendieron un fuego con algas y madera dejada por la corriente. Antes de comer, Bale arrojó un pedazo de bacalao seco en los bajíos para la Madre Mar y el guardián de su clan, mientras que Torak, que no tenía guardián, dejó un trozo de salchicha de sangre de alce en un matorral de enebro

como ofrenda al Bosque. Le pareció un poco extraño, teniendo en cuenta que el Bosque quedaba a un día de remo hacia el este, pero le habría resultado más extraño aún no hacerlo.

Después, Bale compartió con su amigo el resto del bacalao, que sorprendentemente no sabía a pescado, y Torak arrancó montones de mejillones de las rocas. Se los comieron crudos, separando una valva para extraer con ella la deliciosa carne, rica y viscosa. Luego, Bale lo ayudó a acabar con la salchicha de alce. Al igual que el resto de su clan, cada vez se encontraba más cómodo mezclando el Bosque y el Mar, lo que facilitaba las cosas a todo el mundo.

Como todavía tenían hambre, decidieron preparar un estofado. Torak llenó el pellejo de cocinar con agua de un arroyo, lo colgó de unos palos junto al fuego y metió en él unos guijarros que habían estado calentándose en las brasas. Bale echó dentro puñados de algas moradas que había encontrado en una poza y un montón de gusanos de concha que desenterró de la arena, al tiempo que Torak añadía un poco de crambe marítima, pues deseaba algo verde que le evocara el Bosque.

Mientras esperaban a que se cocinara, Torak se agachó junto al fuego para calentarse y recuperar la sensibilidad en los dedos. Bale fabricó una cuchara hincando una valva de mejillón en un tallo de kelp y atándolo con tendón de foca que llevaba en la bolsita.

—¡Buena pesca! —les deseó una voz desde el Mar, y al oírla dieron un respingo.

Era un pescador Cormorán en un bote de piel. Llevaba la red de pellejo de morsa a rebosar de arenques.

—¡Y buena pesca a ti también! —contestó Bale, empleando el saludo habitual entre los clanes del Mar.

Al remar hacia la orilla, el hombre miró a Torak y advirtió los finos tatuajes negros de sus mejillas.

—¿Quién es tu amigo del Bosque? —le preguntó a Bale—. ¿No son esos tatuajes... del Clan del Lobo?

Torak abrió la boca para contestar, pero su amigo se adelantó.

—Es mi pariente, el hijo adoptivo de Fin-Kedinn. Caza con los Cuervos.

—Y no soy del Clan del Lobo —añadió Torak con una mirada desafiante—. No pertenezco a ningún clan.

El Cormorán se llevó la mano al hombro, donde llevaba las plumas de la criatura de su clan.

—He oído hablar de ti. Eres el chico al que expulsaron.

Sin darse cuenta, Torak se tocó la frente, donde una cinta ocultaba el tatuaje de proscrito. Fin-Kedinn lo había alterado para que no se reconociera su significado, pero ni siquiera el líder de los Cuervos podía borrar aquel recuerdo.

—Los clanes volvieron a aceptarlo —puntualizó Bale.

—Sí, eso dicen —repuso el hombre—. Bueno, buena pesca, entonces —se despidió de Bale, y lanzó una mirada de desconfianza a Torak antes de alejarse remando.

—No le hagas caso —dijo Bale al cabo de unos instantes de silencio.

Su amigo no contestó.

—Toma. —Bale le arrojó la cuchara—. Te has dejado la tuya en el campamento. ¡Y alegría esa cara! Es un Cormorán, ¿qué saben ellos?

Torak esbozó una mueca.

—Más o menos lo mismo que un Foca.

Bale arremetió contra él y lucharon, riendo y revolcándose sobre los guijarros hasta que Torak lo inmovilizó con un brazo y lo obligó a rendirse.

Comieron en silencio, escupiendo migajas para Rip y Rek. Entonces Torak se tendió al sol y Bale alimentó el fuego con leña dejada por la corriente. El chico Foca no advirtió que Rip se acercaba a él por detrás con andares tiesos. Ambos cuervos estaban fascinados por el largo cabello rubio de Bale, que llevaba trenzado con cuentas de pizarra azul y minúsculos huesos de capelán.

Rip sujetó un huesecillo con el poderoso pico y dio un tirón.

El joven chilló. El cuervo lo soltó y retrocedió con las alas desplegadas a medias: la viva imagen de un inocente acusado injustamente. Bale rió y le tiró un pedazo de gusano de concha.

Torak sonrió. Le gustaba volver a estar con su amigo. Era como un hermano, o como imaginaba que sería un hermano. Disfrutaban con las mismas cosas, se reían de las mismas bromas. Pero eran distintos. Bale tenía casi diecisiete veranos y no tardaría en encontrar una compañera y construir su propio refugio. Como los Focas nunca levantaban el campamento, eso significaba que, aparte de los viajes al Bosque para hacer trueques, viviría siempre en la estrecha playa de la bahía de los Focas.

No levantar nunca el campamento. La mera idea dejaba a Torak sin aliento, agarrotado. Sin embargo, tener una certeza así... que la vida se desarrollara como un pellejo de foca bien curtido. A veces se preguntaba qué sensación produciría algo así.

Bale percibió su cambio de humor y le preguntó si echaba de menos el Bosque.

Torak se encogió de hombros.

—¿Y a Lobo?

—Siempre.

Lobo se había negado en redondo a subir al bote, de forma que lo habían dejado atrás. «Pronto de vuelta», le dijo Torak a su hermano de camada en la lengua de los lobos. Pero no estaba seguro de que Lobo lo hubiese entendido.

Esos pensamientos lo preocuparon.

—Se hace tarde —dijo—. Tenemos que estar en el Risco cuando anochezca.

Por eso habían acudido él, Renn y Fin-Kedinn. Después del invierno la gente de la isla volvía a estar inquieta, y sospechaban que era por culpa de los Devoradores de Almas,

que andaban en busca del último fragmento del ópalo de fuego que había permanecido oculto desde la muerte del hechicero de los Focas. Durante la última media luna se habían turnado para montar guardia. Esa noche les tocaba a Torak y Bale.

Éste restregaba con arena el pellejo de cocinar con nerviosismo. Abrió la boca para decir algo, pero negó con la cabeza y frunció el ceño.

No era propio de él titubear, de modo que debía de ser algo importante. Torak retorció una fronda de algas entre los dedos y esperó.

—Cuando regreses al Bosque —dijo Bale por fin, sin mirarlo a los ojos—, voy a pedirle a Renn que se quede aquí conmigo. ¿Qué te parece?

Torak permaneció muy quieto.

—¿Me has oído?

Torak echó las algas al fuego y las llamas que las rodeaban cobraron un color púrpura. Se sentía como si de repente y sin haberlo esperado hubiese llegado al borde de un acantilado.

—Por mí, que Renn haga lo que quiera —respondió.

—Pero ¿qué piensas tú?

Torak se puso en pie de un salto. De pura rabia, sintió un cosquilleo en la piel y el corazón le latió con desagradable fuerza. Se quedó mirando a Bale, que era guapo, mayor que él, y formaba parte de un clan. Supo que si se quedaba allí se pelearían, y esa vez iría en serio.

—Me voy —anunció.

—¿Vuelves al campamento? —preguntó Bale con calma estudiada.

—No.

—¿Adónde vas, pues?

—Sólo me voy.

—¿Y la guardia?

—Hazla tú.

—Torak, no seas...

—¡He dicho que la hagas tú!

—Vale, de acuerdo. —Bale se quedó mirando fijamente el fuego.

Torak se volvió en redondo y corrió hacia el bote.

Se dirigió hacia la costa norte, lejos de la bahía de los Focas. Tras la ira, que se había esfumado, tan sólo sentía una fría y turbia confusión. Echaba de menos a Lobo. Pero Lobo estaba lejos.

Encontró otra ensenada y atracó. Arrastró el bote entre los árboles diseminados por las laderas más bajas porque necesitaba el olor de los abedules y serbales, aunque los de allí eran árboles raquíuticos comparados con los del Bosque, y estaban cubiertos de sal. No podía volver a la bahía de los Focas, esa noche no. Se quedaría allí.

No tenía fardo ni saco para dormir, pero desde que lo declararan proscrito llevaba siempre consigo lo imprescindible: hacha, cuchillo, bolsita de yesca. Tras volver el bote del revés y apoyarlo sobre unos palos encontrados en la playa, amontonó ramas y helechos del otoño anterior contra los costados para fabricarse un refugio. Luego encendió un fuego con madera arrastrada por la corriente y amontonó rocas tras la hoguera para concentrar el calor. Había algas y helechos secos de sobra para servirle de lecho, y el jubón y las calzas de pellejo de reno le proporcionarían abrigo suficiente. Y si no, peor para él.

Era una noche despejada de finales de la Luna de la Sangre de Abedul (los Focas la llamaban Luna del Ascenso del Bacalao), y desde los bajíos le llegaba el tintineo de un pequeño témpano de hielo solitario al chocar contra las rocas. Más allá de la fogata, Rip y Rek dormían muy juntos en la horqueta de un serbal, con el pico bajo un ala.

El joven permaneció tendido observando las llamas. Hacía ya nueve lunas que no era un proscrito, pero aún le resultaba extraño permanecer en terreno abierto y sin ocultar su fuego.

Debía volver.

Pero no podía enfrentarse a Bale. Ni a Fin-Kedinn. Ni a Renn.

Al arrebujarse más en el jubón, algo se le clavó en el costado. Era la cuchara de Bale; debía de habérsela metido en el cinturón antes de irse. Le dio vueltas entre los dedos. Estaba hecha con delicadeza, con el tendón prieto y el extremo bien sujeto.

Exhaló un profundo suspiro. Regresaría por la mañana y se disculparía. Bale lo comprendería. Era bondadoso en ese sentido, nunca se enfadaba.

Torak durmió mal. En sueños, oyó un búho llamándolo, y a Renn diciéndole algo que no comprendió.

Poco después de medianoche, despertó. Era la época de la luna oscura, cuando el oso del cielo la había devorado, y sólo un resplandor de estrellas se mecía en el Mar en calma. Tenía que ponerse en marcha: atracar en la bahía de los Focas, trepar por el Risco, encontrar a Bale.

Sintiéndose adormilado y poco repuesto, desmontó el refugio y vertió agua sobre el fuego para apagarlo. Rip y Rek se desperezaron de mala gana y levantaron las plumas de la cabeza para mostrar su desagrado ante tan temprano despertar; pero cuando Torak llevó el bote de piel hasta la orilla y zarpó en él, oyó el inconfundible y rítmico susurrar de las alas de los cuervos.

En el este, el sol era una hoja de cuchillo escarlata entre el mar y el cielo, pero la bahía de los Focas seguía sumida en la penumbra. El Risco se recortaba, imponente, contra las estrellas. Las gaviotas estaban posadas y los refugios de piel de foca permanecían en silencio. Sólo la cascada quebraba la quietud, además del constante lamer del Mar en la orilla y el ruido del bacalao en los secaderos.

Llegó a la orilla en el extremo norte de la bahía, donde las conchas crujieron bajo sus botas. Respiró el olor amargo y punzante de los rescoldos. En los secaderos, los bacalaoos lo observaron con ojos muertos y recubiertos de sal.

Rek soltó un ansioso graznido: había visto carroña, y ambos cuervos volaron hacia las rocas al pie del Risco. Estaba demasiado oscuro para que Torak distinguiera qué habían encontrado, pero algo hizo que se le erizara la nuca. Fuera lo que fuese, las aves se aproximaron con cautela como lo hacen los cuervos, a saltitos, para luego levantar el vuelo.

El muchacho se dijo que podía tratarse de cualquier cosa, pero de pronto se encontró corriendo, trastabillando entre montículos de algas podridas. Al acercarse, captó ese olor dulzón y nauseabundo que no se parece a ningún otro. Se dejó caer de rodillas.

No. ¡No!

Debió de gritar, porque los cuervos se alejaron soltando graznidos de alarma.

¡No!

Se acercó más, arrastrándose. Sus dedos tocaron algo húmedo y quedaron manchados de rojo. Vio esquirlas de hueso blanco y salpicaduras de un lodo gris y grasiento. Vio un líquido oscuro que empapaba el largo cabello rubio adornado con cuentas de pizarra azul y huesos de capelán. Vio el rostro familiar mirando el cielo con ojos ciegos.

A veces no hay advertencia alguna. Nada en absoluto.

2



«Esto no está pasando», se dijo Torak.

No estaba viendo aquellos dedos como garras, ni la sangre que se oscurecía bajo las uñas. No era real.

Una gaviota chilló en el acantilado y Torak levantó la cabeza. En lo alto, un matorral de enebro pendía del borde del Risco. Imaginó a Bale de rodillas, inclinándose demasiado. Su esfuerzo desesperado por aferrar una rama, la espantosa impresión cuando ésta cedió. Las rocas precipitándose hacia él.

Oh, Bale. ¿Por qué te acercaste tanto al borde?

Se estremeció cuando un soplo de viento gélido se le coló por la nuca. Las almas de Bale se hallaban cerca, y estaban enfadadas. «Si te hubieses quedado conmigo, no habría muerto».

Torak cerró los ojos.

Las Marcas de la Muerte. Sí. Era preciso mantener las almas juntas; de lo contrario, Bale podía convertirse en un

demonio o un fantasma.

«Al menos haré eso por ti», pensó Torak.

Con dedos torpes, desató la bolsita de medicinas y la agitó para que cayeran el cuerno que había pertenecido a su madre y la cucharita de mejillón. Parpadeó. Ni siquiera le había dado las gracias a Bale por ella. Habían comido en silencio y luego se habían peleado. No, se corrigió: Bale no lo hizo. Fuiste tú quien se peleó. Las últimas palabras que le dijiste fueron airadas.

Las Marcas de la Muerte.

Volvió a guardar la cuchara en la bolsita. Vertió sangre de tierra en la palma de la mano y trató de escupir sobre ella, pero tenía la boca reseca. Trastabilló hasta una poza y con agua de mar convirtió el ocre rojo en una pasta. A la vuelta, se envolvió el índice con algas para no tocar el cuerpo.

Bale yacía boca arriba. No tenía señal alguna en el rostro; era la parte posterior del cráneo la que se había partido como una cáscara de huevo. Aturdido, Torak le trazó círculos con sangre de tierra en la frente, el pecho y los talones, igual que había hecho por Pa. En el caso de su padre, la marca en el pecho había sido la más difícil, debido a la cicatriz por haberse arrancado el tatuaje de Devorador de Almas. Él lucía una cicatriz similar, de forma que, cuando le llegara la hora, esa marca también estorbaría la labor. El pecho de Bale, en cambio, era liso, perfecto.

Cuando hubo concluido, se sentó sobre los talones. Sabía que estaba demasiado cerca del cuerpo, que ése era el momento más peligroso, cuando las almas todavía se encuentran cerca y pueden tratar de poseer a los vivos. Pero se quedó donde estaba.

Alguien avanzaba entre las algas, gritando su nombre.

Se volvió.

Renn le vio la cara y se detuvo.

—No te acerques —dijo Torak. Su voz sonó áspera, como si no le perteneciese.

La chica corrió hacia él. Vio lo que había más allá y palideció.

—Se cayó —explicó Torak.

Renn negaba con la cabeza y sus labios articulaban «no, no», aunque sin sonido alguno. Torak advirtió cómo iba descubriendo la mirada vacía, los sesos esparcidos, la sangre bajo las uñas. Esas cosas la perseguirían para siempre, y él no podía hacer nada por protegerla.

La sangre bajo las uñas.

De pronto el significado de eso lo empapó como una ola gélida. Esa sangre no era de Bale. Alguien había estado con él en el Risco. Bale no se había caído. Lo habían empujado.

Fin-Kedinn apareció detrás de la muchacha. Los dedos se le tensaron en el cayado y encorvó los hombros, pero su rostro siguió impenetrable.

—Renn —dijo en voz baja—. Ve a buscar al líder del Clan de la Foca.

Tuvo que repetirlo dos veces para que lo oyera, pero, por una vez, Renn no discutió. Como una sonámbula, se alejó arrastrando los pies hacia el campamento.

Fin-Kedinn se volvió hacia Torak.

—¿Cómo ha ocurrido?

—No lo sé.

—¿Por qué? ¿No estabas aquí?

Torak se estremeció.

—No, yo... debería haberme quedado con él. Pero me marché. —De no ser así, no habría muerto. «Esto es culpa mía. Culpa mía».

Se miraron fijamente, y en los penetrantes ojos azules de Fin-Kedinn Torak vio comprensión y pena: pena por él.

El líder de los Cuervos levantó la cabeza y estudió el Risco.

—Ve arriba —ordenó—. Averigua quién hizo esto.

El sol de la mañana arrancaba destellos de los espinos de enebro cuando Torak ascendió por el empinado sendero hacia el Risco. Las huellas de las botas de Bale eran inconfundibles —Torak las conocía tan bien como las de Renn, Fin-Kedinn o las suyas— y eran las únicas que se veían en el sendero. Así pues, quien lo hubiese matado no había llegado por allí; no procedía del campamento de los Focas.

Quien lo hubiese matado. Seguía sin parecer real. El día anterior habían estado juntos en la orilla, destripando bacalao; Rip y Rek se iban acercando a las humeantes entrañas, y Bale les arrojaba un pedacito de vez en cuando. Por fin el último bacalao colgó por la cola del soporte y quedaron libres para irse a remar en los botes de piel. Asrif le había prestado su bote a Torak, y Detlan y su hermanita habían acudido a despedirlos, Detlan con muletas y agitando el brazo con tanto ímpetu que estuvo a punto de caerse.

El día anterior.

El cuello del Risco era una maraña de serbal y enebro, pero más allá se ensanchaba para convertirse en una forma enorme y plana, como una barca sobre el Mar. Tiempo atrás, la superficie se había tallado con una telaraña plateada de cazadores y presas. En medio había un altar de granito gris con forma de pez.

Torak tragó saliva. Dos veranos antes, el hechicero de los Focas lo había atado a ese altar, dispuesto a arrancarle el corazón. Aún recordaba el contacto del granito clavándosele en la espalda; aún oía el repiquetear de las garras de los tokoroth.

Desde muy abajo le llegó un grito como de una criatura a la que desollaran viva. Torak inspiró hondo. El padre de Bale había encontrado a su hijo.

«No pienses en eso, concéntrate en tu tarea. Hazlo por Bale».